

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 34.—BARCELONA 13 DE FEBRERO DE 1915



Caída de un aeroplano ruso en las fronteras de Prusia Oriental

(Dibujo de Offheuer)

CRÓNICA INTERNACIONAL

¿La paz?

En los presentes momentos se están resolviendo acaso los destinos de Europa y de gran parte de Africa y Asia. ¿Hay entabladas negociaciones para la paz, o por lo contrario los beligerantes se aprestan a proseguir la guerra con más encono aún que hasta aquí?

En la apariencia, no ha habido ningún hecho nuevo que aproxime la hora de interrumpir la lucha; pero si se ahonda y se reflexiona, se descubrirán indicios de que los ánimos no son tan belicosos como el ademán y la palabra.

En primer lugar, la prensa de todos los países en guerra da evidentes muestras de cansancio y de desmayo. Todavía algunos periódicos, sobre todo en

Francia e Inglaterra, continúan explotando la nota patriótica y ahuecan la voz, pero se advierte enseguida lo ficticio y fingido de su tono, y la falta de convicción en lo que dicen. No en vano han transcurrido seis meses, sin otro resultado que la desaparición de Bélgica — cosa que importa muy poco a las grandes Potencias — y el principio del agotamiento general. A los primeros entusiasmos ha seguido la reflexión; a la alegría de las primeras victorias — los que las obtuvieron — ha reemplazado el convencimiento de las dificultades de obtener otras que sean más decisivas; las esperanzas que los derrotados pusieron en la ayuda ajena han desaparecido, y cada cual sabe que no puede contar más que con sus propias fuerzas, escasas, desgraciadamente, para arrojar lejos al invasor. Estos sentimientos, que son los que dominan en los pueblos, no se ocultan en las conversaciones privadas, ni en la correspondencia íntima. Públicamente se dice otra cosa, pero por más esfuerzos que se hagan es imposible disfrazar la verdad y conseguir que el cordero vista con propiedad la piel del león. La fiera sólo está en las palabras; el corazón comienza ya a sentir debilidad.

Otro indicio elocuente es lo que está pasando con la supuesta intervención de Italia, Rumanía, Bulgaria... ¿A qué conduce anunciar con meses de anticipación la entrada de tal o cual de esas naciones en el palenque? ¿A que el adversario se aperceba y agote los medios para disuadir de sus planes guerreros al nuevo contendiente? Eso sería echarse tierra a los ojos, obrar contra la conveniencia. Obedece exclusivamente a que todos, el pueblo y sus directores, se percaten de que los actuales jugadores sólo pueden llegar a la situación de tablas, y que la ayuda de otros para ganar la partida obligará a ofrecer compensaciones que anularán las ventajas de una paz victoriosa. Se va formando así una opinión pública, en la que habrá de apoyarse la diplomacia para poner fin a la guerra.

Pero, en definitiva, la palabra final corresponde a Inglaterra y Alemania: el día que ambas potencias lleguen a un acuerdo, la paz se hará, opinen lo que quieran los demás beligerantes, convéngales o no. Veamos, pues, el estado de la opinión en ambos Imperios, no como se deduce de la vana palabrería de la prensa, sino de otros hechos más significativos.

Inglaterra ha arrojado ya su máscara, y bien claramente ha declarado que su escuadra no se ha construido para correr a una destrucción parcial en el ataque a las costas y barcos enemigos, y mucho menos para preparar y proteger un desembarco en Alemania, por mucho que ello convenga a los franceses, sino para proteger el litoral británico y permitir el libre comercio inglés. A la vez, el millón de hombres que tan traído y llevado ha sido en los discursos de lord Kitchener, no se moverá ya de Inglaterra, porque hay que prever un ataque de los alemanes: se enviarán ciento cincuenta o doscientos mil hombres a Francia, con los cuales bien puede ésta proseguir la lucha con mayores bríos. Los intentos de avance del cuerpo expedicionario en el valle del Tigris han terminado definitivamente; y en el propio Parlamento británico ha triunfado la opinión de que Inglaterra no debe internarse más en

aquel territorio y ha de desechar toda idea de llegar a Bagdad, por mucho que esto halagara el amor propio nacional. La discordia comercial con los Estados Unidos no lleva trazas de concluir, y amenaza con agravarse y ser causa de una humillación para Inglaterra, quebrantando la autoridad de ésta para cuando la guerra termine. En suma, la Gran Bretaña ha desechado todo plan ofensivo, y se ciñe a mantenerse defensivamente, dando tiempo al tiempo. Si se hubiera visto con fuerzas, o las reconociera en sus aliados, para abatir a Alemania, obraría de otro modo.

Alemania, que de tantos soldados dispone en su país, se satisface con rechazar y contener la ofensiva francesa. No adelanta, ni quiere adelantar, bastándole con conservar lo ya conquistado para hacerlo valer el día de la paz. Ha perdido casi todas sus colonias, pero tiene en rehenes el reino de Bélgica y una parte no pequeña de Francia, y no soltará ni una cosa ni otra a menos que se le devuelva lo perdido, y acaso se le entregue algo más. En Rusia tampoco quiere agotarse inútilmente; ha alejado los peligros de la invasión de Silesia y Prusia del mejor modo imaginable, o sea invadiendo el país enemigo, y de ahí no pasa. El resultado lo fía al tiempo.

Se deduce, por consiguiente, que los dos Imperios se consideran en posesión de las suficientes ventajas para esperar sin temor los acontecimientos, persuadidos de que la paz no será onerosa para ellos. Perderán Francia, Rusia y Austria, pero ellos flotarán y se repartirán los beneficios, como buenos comerciantes. Hoy por hoy, créalo el lector, no otro es el pensamiento de las cancillerías británica y alemana.

Para que este pensamiento se traduzca en actos, es menester la gestión inicial, y quien la realice se reconoce implícitamente vencido, confesión que pugna con el orgullo y la convicción de los dos pueblos. Lo difícil es, pues, encontrar el medio de iniciar la gestión diplomática. La razón natural dice que esa mediación corresponde a un neutral, que sea lo bastante fuerte para que su voz no caiga en el vacío, y haya mantenido estrechas relaciones con los dos grupos de beligerantes.

Italia, que es quien mejor reúne estos requisitos, no será probablemente la mediadora, porque a sus hombres de Estado les consta que cuanto más se destruyen los vecinos tanto más beneficiada saldrá Italia, y esta idea ha acabado por abrirse paso en todas las clases sociales. La presente guerra brinda a Italia una ocasión excelente de engrandecerse y no será tan torpe que renuncie espontáneamente a ella.

Los Estados Unidos están en un caso parecido al de Italia, y de allí sería más fácil que viniese la salvadora gestión. De no existir la alianza anglo-japonesa, y si el Japón no hubiese hecho nueva presa en China, es casi seguro que los Estados Unidos habrían ya dado amistosos consejos a los beligerantes; mas la obsesión del Japón es muy fuerte en aquella república, y no hay que tener demasiadas esperanzas en lo que ella intente.

Nosotros estamos demasiado alejados del teatro de la guerra, y nuestra situación internacional no dispone de las necesarias condiciones de independencia para realizar una obra de paz, que no sea sos-

pechosa a nadie. Como nosotros se encuentra Holanda.

Suiza se halla en un caso privilegiado, por las estrechas y amistosas relaciones que mantiene con todos los pueblos en guerra, a consecuencia de funcionar en aquel pueblo las oficinas centrales de la cruz roja y de socorro a heridos y prisioneros. La vecindad, y tal vez la presión de Italia, la contiene.

Por lo tanto, no queda otro mediador que el constituido por la confederación, si se realiza, de los esfuerzos de los reinos del N.: Dinamarca, Suecia y Noruega, apoyados por Holanda, y luego por Suiza y España. De allí podría venir la anhelada paz, porque el estado de guerra perjudica gravemente a los países escandinavos, que tocan las desgracias de la guerra, sin ninguno de sus beneficios. Las excelentes relaciones que en todo tiempo han mantenido con Alemania y la Gran Bretaña, y los lazos de parentesco que unen a las casas reinantes anglosajonas con las escandinavas y germanas, dan verosimilitud a la creencia de que la reunión de Malmö tuvo un fin mucho más trascendental que el que se anunció públicamente.

Para que la intervención tenga felices resultados es condición necesaria que antes de la primavera no ocurran hechos decisivos en los campos de batalla. No basta que los directores y los cuarteles generales se propongan el *statu quo* en las operaciones, porque la circunstancia más fútil puede dar lugar a que se emprendan maniobras importantes, que desbaraten el actual estado de equilibrio.

De aquí a abril, puede resolverse la crisis, y no ciertamente por la fuerza de las armas, sino por las artes de la diplomacia. La solución sería bien recibida en Inglaterra y Alemania, sin sentimiento en Rusia, con resignación en Francia, y sólo sentaría mal en Austria-Hungría.

Pero si el tiempo transcurre sin que se pronuncie la bendita palabra, y nuevos factores se empeñan en la contienda, crecerá el número de los llamados al reparto, y nada podrá ya predecirse. Cesarán entonces las medias tintas, y volveremos a pesenciar los choques espantosos que terminarán con el sacrificio de muchos millares de víctimas. Lo acontecido en agosto y septiembre en Francia y Bélgica, y en noviembre y diciembre en Rusia, será pálido ante lo que vendrá después.

F. LARIN.

LA RUPTURA DE LA LÍNEA RUSA EN BRZEZINY

A mediados de noviembre, durante el movimiento de avance de las tropas del mariscal von Hindenburg contra los ejércitos rusos de Polonia, un cuerpo de ejército alemán quedó envuelto y rodeado completamente por su enemigo, el cual se apresuró a dar a conocer este hecho, dando por descontado el inmediato éxito, y la conclusión de la batalla, que no podía menos de terminar con la completa destrucción de los alemanes. Por aquellos días, los periódicos pregonaron en todos los tonos el triunfo decisivo de los moskovitas, pero la decantada victoria constituyó un desastre para los rusos: efectivamente, lejos de destruir a su adversario, en vez de copar a los alemanes envueltos, éstos les derrotaron

y les tomaron 15 cañones y 12.000 prisioneros, a pesar de que sus fuerzas apenas llegaban a la cuarta parte de las rusas. A partir de este glorioso combate no cupo ya duda acerca del resultado de aquellas batallas, y la victoria coronó finalmente los sacrificios y la perseverancia de los alemanes.

Acerca de este episodio, tal vez el más glorioso y memorable de los que se registran en la presente guerra, ha dado interesantes detalles en la prensa alemana el corresponsal Dr. Fritz Werheimer. A continuación copiamos los párrafos más salientes:

«En la confortable y bien caldeada sala de una finca de un noble polaco, me transmitieron los oficiales sus recientes e interesantes recuerdos de aquel episodio.

«Que la división ataque al enemigo y lo derrote»: estas palabras formaban la orden que recibió aquella fracción de nuestro ejército. La división ignoraba lo que después supo, esto es, que el enemigo reunía las fuerzas de cuatro cuerpos de ejército. El 21 de noviembre amaneció húmedo y frío. Diez días hacía que las tropas hacían marchas forzadas y los hombres y caballos estaban rendidos. El tenaz enemigo no permitía el descanso. De pronto la columna de impedimenta avisó que el adversario se acercaba rápidamente por la izquierda. Amanecía: el cañoneo comenzó; la división se formó en dos columnas, y con la de la derecha el cuartel general; la de la izquierda trató de penetrar como una cuña en las posiciones enemigas.

Inesperadamente se dió la voz de alto y se retrocedió. Los proyectiles enemigos caían en nuestras filas, y la división entró en la aldea de Viskitno. Las calles quedaron desiertas, y la oficialidad se reunió en una posada. La vanguardia estaba empeñada en reñido combate, sin que la artillería enemiga, hábilmente oculta, dejara de disparar. La otra mitad de la división se encontraba en Andrespol, más al N., donde la acción, que dura varios días, es cada vez más sangrienta. Entre las dos brigadas, una columna de caballería, al S. de Andrespol, mantenía el enlace. A las ocho de la mañana, el combate en Viskitno alcanzó su máxima intensidad.

En las afueras de Olechov la artillería enemiga, en abrigos enterrados, hacía un fuego infernal. Algunos de nuestros batallones desplegaron contra las piezas enemigas, mientras iba entrando en Viskitno la impedimenta, siempre bajo el fuego enemigo, cuyas granadas no cesaban de estallar en la aldea.

Pero el orden no se turbó, y la confianza fué en aumento cuando se supo que la infantería lograba abrirse paso, y que la columna de la izquierda se encontraba a unos tres kilómetros de Lodz. Nada se sabía de la brigada que luchaba en Andrespol. La aldea de Olechov ardía por sus cuatro costados. Por fin se dió el asalto a esta última localidad, que los rusos evacuaron al caer la noche.

Al siguiente día, por la noche, conferenciaron el comandante del cuerpo de ejército y el jefe de la división. El enemigo nos rodeaba por todos lados, y era menester arriesgarlo todo para salvar el honor de las armas. Al N., los rusos ocupaban unas excelentes posiciones de 12 kilómetros de largo; al SE., habían recibido importantes refuerzos, mientras que *Rennenkampf* se había corrido por el SO., aunque



S. A. I. el archiduque Eugenio, nombrado comandante en jefe del ejército austro-húngaro del S.



Patrulla austriaca en los Cárpatos

con un retraso de dos días. La entrevista entre los dos generales no tuvo testigos. Al terminar, el jefe de la división dirigió las siguientes palabras a los oficiales de su cuartel general: «Señores oficiales, dénme V. la enhorabuena, pues mañana a estas horas o estaremos celebrando una memorable victoria o habremos dejado de existir. Se trata de romper la línea enemiga en dirección al N.; ¿están Vds. conformes?»

Antes de la una se recibió una orden mandando retroceder a la división. Sorpresa general y callado descontento. No había más remedio que obedecer. La noche era muy cruda. Los ginetes marchan a pie, conduciendo de la brida a los caballos, que tiemblan de frío. Los muertos y parte de los heridos continúan aún en el campo, y sabido es que nosotros no los abandonamos si no en caso de extrema necesidad.



Batería francesa destruída por el tiro de la artillería alemana
Ayuntamiento de Madrid

La tropa ignora que durante su corto descanso las tropas de sanidad han explorado el lugar del combate y que todos los heridos, acomodados en los



Cambio de posición de una ametralladora francesa

cheras rusas fueron tomadas y sus ocupantes se rindieron, alzando las manos.

El número de prisioneros iba en aumento, y para vigilarlos era menester dejar atrás cada vez más soldados, debilitándose la columna de ataque. Los prisioneros ayudaron con buena voluntad, empujando los carros, transportando heridos y guiando a los caballos.

La orden del jefe de la división decía: «Marchar adelante hasta que se encuentre la línea del ferrocarril Lodz-Varsovia, que divide en dos partes al bosque; está llena de enemigos, que ocupan buenas posiciones atrincheradas. Por allí hay que romper. La artillería y la impedimenta que permanezcan donde ahora se encuentran, toda vez que no es prudente aventurarlas en el bosque.» El general se puso al frente de la primera compañía, los oficiales desenvainaron los sables, y lanzando sonoros ¡hurra! comenzó el ataque.

El bosque se llenó de puntos brillantes. La vía del ferrocarril cayó en nuestro poder. Manos valientes evitaron que nuestro general fuera hecho prisionero; por fin se dispersó al enemigo, pero el combate fué duro y nos costó muchas bajas. La casa del guarda-vía se llenó de heridos, y cuando ya no



Uhlanos húngaros en marcha hacia Hermanovice

coches ambulancias, siguen la marcha de la división. A las cinco ha de estar evacuada la aldea. Los jefes, rendidos de cansancio, se dejan caer sobre los caballos y hacen inútiles esfuerzos para comprender el significado de la orden de retirada. Así llegamos a la carretera de Ezgov-Karpin, y se apresura el paso para cruzar el Miazga por Karpin y alcanzar la otra orilla, donde nos encontraríamos seguros. Restallaron los látigos, se picaron las espuelas y se activó la velocidad del paso. El enemigo salió en nuestra persecución; dos batallones de infantería le cerraron el paso, cerca de Kalinbro, conteniéndole hasta que el último vehículo pasó al otro lado del río. Una vez allí emprendieron una marcha precipitada hacia el norte, en la dirección de Brzeziny. Entonces llegó la orden deseada. La infantería desplegó, armó los machetes, y rompió el asalto hacia el bosque situado al E. de Borosa y al S. de Galhoro. Las primeras trin-



Entrada en batería de un obús alemán de 28 centímetros

cabían seguían afluyendo más todavía. El general reunió a la plana mayor en el patinillo; un capitán ofreció al jefe, como botín de guerra, un huevo magnífico, recién puesto. Una bujía prestó su débil luz a los planos, y a las ocho y media se llamó a los tenientes secretarios para dictarles la siguiente orden del día: «1. El enemigo ha sido derrotado. 2. La división se formó en columna de marcha y atacó las posiciones del N., forzando el paso; la artillería y la impedimenta han quedado atrás, protegidas por tres compañías. 3. Lugar de recibir órdenes, después del combate de Brzeziny, el cuartel general de la división, en la plaza del mercado de dicho pueblo, el 18 de noviembre». Extraña orden del día, que daba como lugar de recibir órdenes el terreno enemigo; pero la situación no permitía otra cosa.

Lentamente se formó la división, cuyos soldados, muertos de cansancio, se arrastraron por la senda que conduce al N. El entusiasmo del combate había desaparecido, y la naturaleza imponía sus necesidades. Una abigarrada mezcla de uniformes y regimientos se reunió poco a poco en el bosque; faltaban muchos de aquellos valientes, pero esto sólo podía verse despacio. A 50 metros detrás de la vanguardia marchaba el general con su Estado Mayor. La tropa que no había comido, tiritaba de hambre y de frío. El general y los jefes agotaron sus chistes y frases para animar al soldado. Al cabo de una hora se llegó a Galkov, y se supo que en cada casa lo menos dormían una docena de rusos. El enemigo no había puesto centinelas. Sin disparar un tiro fueron ocupadas las primeras casas y se hicieron unos 200 prisioneros. Se prosiguió la marcha evitando pasar por la calle principal, que probablemente estaría ocupada por el enemigo, y no tardamos en dejar atrás el pueblo. El general se apeó y marchó apoyándose en su bastón. En la aldea siguiente se repitió la misma operación, cayendo en nuestro poder las tropas asiáticas que allí descansaban. Así se prosiguió la marcha en la obscuridad; los soldados caían a veces, pero se levantaban y continuaban su camino. En Malezov se hizo otra captura de rusos dormidos. Esta caza original volvió en parte el buen humor a nuestras tropas. De este modo se llegó a la carretera de Brzeziny, que sólo distaba 5 kilómetros. Al acercarse a la ciudad, los regimientos formaron en orden de combate. El ejército acaba de deslizarse como una procesión de fantasmas, pero en la ciudad no cabía seguir haciendo lo mismo, y se esperaba tropezar con serios obstáculos.

Un regimiento desplegó a la derecha y otros dos a la izquierda. No se oyó un grito ni una voz de mando; cada cual sabía de antemano lo que tenía que hacer, los nervios estaban excitados, la expectación era inmensa y cada uno estaba pendiente de la voz del general. Eran las dos de la madrugada; todo estaba dispuesto, y sólo faltaba que se diera la señal. A culatazos se dió muerte a un centinela ruso y se cogió prisionera a toda la guardia. En silencio se arrojaron nuestras tropas sobre las primeras casas, saltaron las puertas hechas pedazos, y se emprendió una corta y horrible carnicería. Las sillas y las mesas saltaron en astillas, y gritos ahogados terminaron con los estertores de la agonía. La tropa sabe de lo que se trata: su propia vida y la de todo el cuerpo de ejército exigen que termine este cruento trabajo

antes de que sea demasiado tarde: no pueden tenerse consideraciones, si no se quiere arriesgar la existencia propia. No había tiempo para despertar a los rusos y hacerlos luego prisioneros; era menester aplastarlos, quitarlos de enmedio, abrir un camino a hachazos. Sobre el helado suelo de las calles se oían los pasos de nuestras tropas. El general de la división, solo y sin escolta, se dirigía por la acera, cuando de repente se encontró en la plaza del mercado; a pesar de sus dimensiones, ésta se encontraba atestada de coches y carros, toda la impedimenta rusa y el material de sus cuerpos auxiliares, que nuestros soldados iban depositando en aquel sitio. De pronto se oyó un sordo fragor, y enseguida un tiro: los rusos despertaban. En la más densa obscuridad se trabó un encarnizado combate, en las casas y en las calles, y al silencio de poco antes sucedió un ruido siniestro. El general entró en una finca y estableció en ella su cuartel general: la orden quedaba cumplida y su palabra también, puesto que estábamos a 18 de noviembre y la ciudad había caído en nuestras manos. Eran las tres y media. No disponíamos más que de infantería, ni un caballo, ni un vehículo. Comenzáronse a preparar los alojamientos. Un granadero con el machete armado y un viejo judío de la ciudad, acompañaron a los furrieles en la tarea de disponer los alojamientos. El granadero se empeñó en entrar en un lugar donde sabía había algunos rusos; el oficial le complació, y penetraron en un billar en el que había unos 25 asiáticos, armados hasta los dientes y profundamente dormidos; el granadero repartió algunos culatazos, los cosacos despertaron despavoridos, y levantando las manos se apresuraron a rendirse, arrojando sus ya inútiles armas. Se cogió a los 25 y se les llevó fuera, a la plaza del mercado, donde se apretaba una masa inmensa de prisioneros, cerca de un enorme montón de armas. El primitivo cuartel general se había convertido en hospital y hubo de buscarse otro. El judío condujo a los alemanes a casa de un abogado, pero una puerta de hierro interceptaba el paso; el judío penetró por la puertecilla de servicio y abrió la principal. El oficial y el granadero entraron en la casa, y no tardaron en llamarles la atención los sonoros ronquidos de un enorme cosaco, que dormía apaciblemente junto a la puerta. Los alemanes despertaron al descuido moscovita, haciendo brillar ante sus ojos los cañones de las pistolas, alumbradas por la lámpara de bolsillo; se abre una puerta interior, y aparecen en ella tres elegantes oficiales rusos, y sus cuatro asistentes; los jefes llevan limpios y costosos uniformes y se abrigan con suntuosas capas de pieles; los alemanes toman una actitud enérgica, e intiman la rendición a los recién llegados, los cuales, creyendo que se encuentran ante una fuerza muy superior, se rinden y se dejan desarmar docilmente. Las armas, los cinturones, las pieles, son prendas muy bien recibidas, así como los objetos de tocador, jabones, pomadas, etc., de excelentes marcas, y muy de apreciar en aquellas circunstancias.

Arrastrándose, más que andando, a causa de su gran fatiga, los oficiales del cuartel general llegaron a la vivienda abandonada y se entregaron a un sueño reparador; se cerró la puerta de hierro y todo quedó en silencio; eran las cinco y media de la mañana. No duró mucho el descanso, pues a las siete

todos estábamos en pie. Se acababa de dar la señal de alarma, porque el enemigo se encontraba al N., pero al mismo tiempo resonaron los cañonazos de nuestro inmediato cuerpo de ejército, y desde los puntos más elevados de las carreteras inmediatas a la ciudad, atacamos al enemigo por la espalda. Los rusos no resistieron mucho tiempo y emprendieron una desordenada fuga, permitiendo que las tropas alemanas se unieran. Se había conseguido romper la línea por el N.

Las tropas estaban en salvo, pero, ¿qué era de la artillería y los convoyes? Únicamente cuatro cañones acompañaban a la división: a veces el mismo general de la división tuvo que mandar su fuego, y colocados en las alturas de Brzeziny enviaron algunas granadas al enemigo.

Gracias a las excelentes dotes del jefe encargado de la impedimenta, toda ésta, así como los heridos y los prisioneros, se salvaron también, y llegaron a Brzeziny.

El teniente von Wissman, de veinte años de edad, recibió un balazo en la garganta en la toma de Brzeziny; ingresó en la ambulancia, donde le extrajeron la bala, y justamente salían de la ciudad los últimos carros de Intendencia, cuando los rusos volvieron a entrar en ella; pero aún quedaban en Brzeziny muchos carros y bagages; el joven teniente tomó inmediatamente su resolución. Libertó a unos 300 heridos leves que los rusos habían hecho formar para llevarlos a retaguardia, y con tan escasas fuerzas se adelantó al encuentro del enemigo. Reforzó su menguada hueste con dos ametralladoras, y contuvo el empuje de los rusos. Mientras el teniente defendía heroicamente la salida de la ciudad, fueron saliendo con orden carros, heridos, prisioneros, coches, todo lo que quedaba allí. Durante el 22 de noviembre, aquel puñado de héroes, que no excedía de 150 hombres, detuvieron a la caballería y artillería enemigas, sin permitirles que se acercaran. Y cuando todo estuvo en salvo, la pequeña columna se incorporó a la división. El 23 de noviembre el teniente volvió a tomar parte en un combate de retaguardia y recibió otra herida; afortunadamente hoy se encuentra bien de las dos.

Otro episodio algo cómico merece ser narrado. Un aeroplano ruso se dejó ver sobre nuestras filas y con rapidez y maestría tomó tierra a corta distancia; era el príncipe ruso Mijalski, que había recibido la orden de alcanzar a uno de los cuerpos de ejército rusos que marchaban sobre Lodz, y tomó por tropas rusas a la imponente masa de prisioneros que desfilaron vigiladas por nuestros soldados. Cuando se dió cuenta de su equivocación, protestó como un energúmeno, pero ya era tarde; este triste desenlace tuvo su primer vuelo estratégico, que no duró más de veinte minutos. Tampoco le sirvió de nada el querer «echárselas de príncipe».

LAS TROPAS SIBERIANAS

(Conclusión)

Estas condiciones se notan en menor grado en artillería. La naturaleza de este servicio es tal que el soldado, reducido a ser sirviente o auxiliar de una

pieza, nunca tiene que pensar en sí mismo; en los sitios donde no hay dificultades para los abastecimientos, el cuerpo se ocupa en darle cuanto necesita; y en los lugares de peores condiciones, los tiradores y zapadores les escoltan y les facilitan el camino. En compensación, alcanza extraordinaria destreza en su especialidad: el combate por el fuego. Practicando la puntería y el tiro en terrenos difíciles, los artilleros aprenden a batir rápidamente el blanco, a apreciar la distancia, y a maniobrar sin perder tiempo.

Donde más se reflejan las condiciones locales de vida es en las secciones de zapadores. Trabajando de concierto con la infantería, llegando al lado del tirador a un lugar deshabitado, han de servir a éste de guía, en el concepto técnico, a cada paso en las selvas y en los parajes solitarios, enseñándole los medios de atravesar un río, de improvisar una construcción donde guarecerse, de acampar y de edificar más en grande escala. Se encuentran en aquel país muchos tipos nuevos de construcciones militares y de fortificaciones, debidas a oficiales cuyos nombres han quedado desconocidos. Enormes han sido los obstáculos que hubieron de vencerse para tender líneas telegráficas a través de comarcas montañosas y cubiertas de bosques; la apertura de caminos en las selvas, la explotación de canteras por medio de barrenos de fuertes cargas explosivas; etc.

Todo esto se ha obtenido gracias al trabajo en común y por haberse reunido los esfuerzos de todos, así como por el excelente método de hacer que los oficiales de zapadores pasaran de unas secciones a otras para practicarse en las labores de todas.

Reducidas a sus recursos propios, separadas del resto de Rusia por distancias colosales, las unidades siberianas se encuentran, constantemente, en circunstancias que ponen a dura y verdadera prueba sus capacidades y resistencia, y aprenden a decidirse rápidamente y a encontrar solución en las más complicadas situaciones. La manera cómo aquellas gentes emplean sus ratos de ocio es muy característica. Cuando desde el mar se acerca uno a la bahía de Possiet o a la frontera cercana, donde está situada Novokievsk, aparecen, en lo alto de una aguda cima, las armas imperiales rusas (el águila de dos cabezas) en relieve. Ellas fueron esculpidas en la roca por las manos de los tiradores, en los ratos de descanso, por su propia iniciativa y sin intervención de nadie. Cuando los oficiales comenzaron a pensar dónde se colocarían las armas imperiales, el proyecto había sido ejecutado por los soldados. Las dimensiones del águila son enormes: abraza una superficie que no mide menos de veinte metros.

En los diez o doce años últimos han mejorado mucho las condiciones de vida. Siberia y el Extremo Oriente van enlazándose cada día más fuertemente con la civilización. Pero en las guarniciones militares siberianas, se encuentran todavía muchos oficiales que tomaron parte en las labores descritas en las líneas que preceden. Estos oficiales forman una escuela viviente para los recién llegados, sean oficiales o soldados, y mantienen en vigor las tradiciones antiguas, que tan deprisa van desapareciendo en otras partes.

Ahora todas sus energías se enderezan al estudio de las materias militares y a la enseñanza de la tro-



Columna de prisioneros rusos, después de la batalla de Lodz, en un descanso en su marcha hacia Alemania



Biplano alemán en los campos de Polonia

Ayuntamiento de Madrid



Infantería alemana lanzándose al ataque en las dunas de Flandes

pa. Todos los días, una de las compañías del regimiento, en orden de marcha de campaña, con los útiles, tiendas, medios de transporte y cocinas de campaña, sale del cuartel y se dirige al campo o a la selva. Al salir se le indica el tema que ha de desarrollar y en qué punto ha de pasar la noche. Durante la marcha, el destacamento maniobra, practica ejercicios con sujeción a lo que previene el reglamento de campaña, simula combates y maniobras de

montaña o bosque, es decir, que se adapta en todos los casos a las circunstancias, y los jefes de sección van adquiriendo una experiencia sin cesar mayor.

Por regla general, cuando se opera en la selva la columna de marcha consiste en tres secciones. En vanguardia marcha un grupo de tiradores, con los fusiles cruzados a la espalda, y provistos de hachas ligeras. Delante de ellos, un oficial señala la dirección de marcha, sirviéndose de un mapa y de la brú-



Automóvil francés armado con una ametralladora

jula; con su sable corta las ramas que le estorban el paso y se abre camino. Los tiradores que le siguen, echan abajo los árboles pequeños y las ramas gruesas. La columna siguiente, con palas, aparta a los lados las ramas y hojarasca, y va nivelando en lo posible el terreno para formar un camino incipiente.

nes se van empeñando en los combates de Varsovia.

Y aquí, en condiciones extrañas a sus costumbres, con un adversario desconocido, que tiene a su disposición todos los recursos técnicos para la matanza y la destrucción, combaten de acuerdo con los méto-



Carga de caballería rusa. (Dibujo tomado del natural por el capitán ruso Lisovsky, que resultó herido en la primera tentativa de invasión de la Prusia Oriental)

Más atrás figura una sección con los convoyes, formados por carruajes ligeros de dos ruedas, cañones y ametralladoras de montaña. Si en la columna hay telefonistas, van instalando la línea detrás de la vanguardia y mantienen la comunicación telefónica entre todas las secciones.

Esta instrucción se practica mucho, en particular en las cercanías de las fortalezas y distritos fortificados, donde en tiempo de paz existe ya una completa red de avanzadas, obstáculos artificiales y toda suerte de preparativos contra un imprevisto ataque del enemigo.

dos de la escuela siberiana. La experiencia les ha enseñado que cada cual sólo debe contar consigo y no ha de mirar nunca atrás para ver si acuden refuerzos; los siberianos pelearon bravamente, aunque sólo componían la fuerza de una brigada, contra dos cuerpos de ejército alemanes, a los que rechazaron durante dos días. Solamente el tercer día llegaron refuerzos, cuando la batalla se había generalizado a toda la línea, y los alemanes fueron derrotados. En esta lucha final sólo tomó parte un puñado de supervivientes de los regimientos de tiradores siberianos; todos los demás habían caído, habiendo, por la



Artillería rusa en fuego. (Dibujo del capitán Lisovsky)

Alrededor del campamento de cada sección, se estudia el terreno hasta en sus menores ondulaciones y los más insignificantes detalles. Zapadores pacíficos, los tiradores siberianos son a la vez distinguidos soldados. Habiendo soportado sobre sus hombros toda la responsabilidad y los duros combates de la guerra en Manchuria, los tiradores siberianos toman ahora parte en la guerra europea. Sus esca-

los de Dios, legado a la posteridad sus gloriosos nombres como guerreros.

ALGUNAS MÁXIMAS DE NAPOLEÓN

El gran maestro de la guerra, Napoleón, tan consumado estratega, como hábil general y sabio trata-

dista, nos ha legado algunas máximas, varias de las cuales parecen escritas para la presente guerra. El lector juzgará de su oportunidad y acierto.

En la guerra es menester aprovechar todas las ocasiones, porque la fortuna es hembra: si hoy la desdeñáis, no esperéis volverla a encontrar mañana.

En la guerra, como en política, cualquier mal, aunque sólo sea en los procedimientos, no es excusable más que en el caso de ser absolutamente necesario; cualquier exceso es un crimen.

Nada más difícil, y por consiguiente más precioso, que el saber decidirse.

Las primeras cualidades de un soldado son la constancia y la disciplina; el valor figura en segundo término.

No se es verdaderamente secundado por los inferiores más que cuando saben que el jefe es inflexible.

El genio militar es un don del cielo; pero la cualidad más esencial de un general en jefe es la firmeza de carácter y la resolución de vencer a cualquier precio.

Cuando no se teme a la muerte, es fácil llegar a las filas enemigas.

En la guerra todo se obtiene por cálculo; todo lo que no ha sido profundamente meditado en sus detalles, no produce ningún resultado.

Todo el arte de la guerra consiste en una defensa bien ordenada y extremadamente circunspecta, y una ofensiva audaz y rápida.

Ni un río, ni una línea cualquiera pueden defenderse sino poseyendo puntos ofensivos; porque cuando el ejército se limita a defenderse, se corren todos los peligros sin obtener provechos. Pero cuando se puede combinar la defensa con un ataque, se hacen correr al enemigo más riesgos que los que amagan al cuerpo atacante.

El arte de los grandes capitanes ha consistido siempre en publicar y hacer aparecer al enemigo que las tropas que tiene delante son más numerosas de lo que realmente son, y hacer creer a las tropas propias que el enemigo es muy inferior.

Una gran reputación es como un gran ruido: cuanto mayor es, más lejos se oye. Las leyes, las instituciones, los monumentos, las naciones, todo perece: pero el ruido queda y resuena en las generaciones posteriores.

El apoyo más seguro del hombre, es Dios.

Sorprendido por un ejército más fuerte, un general vulgar que ocupe una mala posición, sólo pensará en la retirada; pero un gran capitán obrará con audacia, y marchará al encuentro del enemigo. Por esta maniobra desconcierta al adversario, y si éste

demuestra irresolución, un general hábil, aprovechando este momento de indecisión, puede esperar la victoria o, a lo menos, ganar la jornada manio-brando.

Un general en jefe debe preguntarse varias veces al día: «Si el enemigo apareciera sobre mi frente, a mi derecha o a mi izquierda, ¿qué haría yo?» Y si vacila al responderse, es que está mal situado, que no se encuentra en regla y ha de poner remedio.

Un general en jefe no debe dejar nunca descansar ni a los vencedores ni a los vencidos.

La conducta de un general en un país conquistado está sembrada de escollos. Si es duro, irrita y aumenta el número de sus enemigos; si es dulce, les da esperanzas, que hacen resaltar más los abusos y vejámenes ligados inevitablemente al arte de la guerra. Un conquistador ha de saber emplear con oportunidad la severidad y la dulzura, ya para sofocar las sediciones, ora para prevenirlas.

El paso del orden defensivo al orden ofensivo es una de las operaciones más delicadas de la guerra.

La unidad en el mando es la cosa más necesaria en la guerra. Por consiguiente, dos ejércitos no deben nunca moverse en el mismo teatro de operaciones.

En la guerra no hay más que un momento favorable; el gran talento es aprovecharlo a tiempo.

Se ha dicho que no son menester más de seis meses para formar un buen soldado del ejército. Esto es un grande error, y sería muy peligroso que se propagase, porque nos conduciría en breve a carecer de tropas. En la batalla de Jemmapes hubo cincuenta mil franceses contra nueve mil austriacos. Hay que reconocer que durante las cuatro primeras campañas de aquella época se hizo la guerra de un modo ridículo. No son los reclutas quienes consiguieron las victorias, sino los ciento ocho mil veteranos y todos los militares retirados del servicio que la revolución lanzó sobre las fronteras. ¿Por qué realizaron los romanos hechos tan grandiosos? Porque exigían seis años de enseñanza militar para formar un soldado; de este modo, una legión de tres mil de los suyos equivalía a treinta mil de los otros. Con quince mil soldados como los de mi Guardia, batiría a cuarenta mil hombres. Me guardaría muy bien de hacer la guerra con un ejército de reclutas.

A copia de discutir, de aguzar el ingenio, de celebrar consejos, acontecerá lo que ha acontecido en todos los tiempos observando tal conducta: se concluye por adoptar el peor partido, que en la guerra casi siempre es el más pusilánime, o si se quiere el más prudente. La verdadera sabiduría, para un general, se encuentra en una determinación enérgica.

CRÓNICA MILITAR

I. La batalla naval de las islas Malvinas.—II. Importancia de los ferrocarriles en las operaciones militares.—III. El bloqueo marítimo de Inglaterra.—IV. La situación el 8 de febrero

I.—La batalla naval de las islas Malvinas

Después del victorioso combate de la isla Coronel, no se ocultó al almirante conde von-Spee que la Gran Bretaña, interesada en que no padeciera su

prestigio, seriamente comprometido por aquel descalabro, y deseosa de destruir al único enemigo que todavía amenazaba al comercio inglés, haría los mayores esfuerzos para hundir para siempre bajo las olas a los barcos que aquel almirante mandaba.

Con unidades británicas y japonesas se formó una escuadra combinada, que recibió la orden de explorar el Pacífico a lo largo de la costa americana; otra segunda escuadra se constituyó, con unidades procedentes de aguas europeas y barcos ya apostados en América, para vigilar las salidas del cabo de Hornos; una tercera se dirigió a las costas del Africa del S. E., a donde se temía que se dirigiera la flota de von Spee; y probablemente, aunque no se sabe con certeza, una cuarta agrupación de unidades navales tuvo lugar en el mar Indico, en aguas de Arabia.

Por aquellos días hubo un relativo desconcierto en las escuadras que se estacionaban en el mar del Norte y en las costas británicas, desconcierto que no fué debidamente aprovechado por el almirantazgo alemán, si bien le sirvió para activar el fondeo de torpedos delante de las islas británicas. Si el almirante von Spee hubiera dispuesto de carbón y de astilleros donde limpiar fondos y reparar las máquinas, es seguro que a las dos o tres semanas se alejara de aquellos parajes y, entrando en el Atlántico, emprendiera la navegación hacia Europa. Pero la actividad desplegada por los agentes consulares ingleses y las dificultades nacidas del alejamiento en que se encontraba, pudieron más que su buen deseo, y trascurrieron muchos días antes de que consiguiera se le incorporaran algunos barcos carboneiros. Noticioso de la aproximación de la flota anglo-japonesa, el almirante alemán resolvió ganar el Atlántico, doblando el cabo de Hornos en vez de pasar por el estrecho de Magallanes, de navegación difícil y fácil de interrumpir y vigilar por el enemigo.

El almirante Sturdee, comandante de la escuadra británica despachada al otro lado del Atlántico, tomó como base las islas Malvinas o Falkland (inglesas), a donde se habían ya trasladado el *Canopus* y los demás barcos antes estacionados en las costas americanas del Pacífico; la mucha velocidad de sus principales unidades daba pocas probabilidades de huir al enemigo, bastando para obligarle a aceptar combate que se le descubriera a tiempo. De esta misión quedaron encargados algunos cruceros rápidos.

Se componía la escuadra británica del viejo acorazado *Canopus*, los cruceros acorazados *Invincible* (insignia), *Inflexible*, *Carnarvon*, *Kent* y *Cornwall*, y los cruceros protegidos *Glasgow*, *Bristol*, y *Macedonia*. La alemana estaba formada por los cruceros acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau*, y los cruceros protegidos *Dresden*, *Nurnberg* y *Leipzig*, con dos barcos carboneros.

El 8 de diciembre, al amanecer, la escuadra alemana acababa de desembocar en el Atlántico, y su rumbo la condujo a corta distancia de la isla oriental de las Malvinas; es probable que el almirante creyera que sólo se encontraba en aquel archipiélago el *Canopus* con algún crucero protegido, y que se propusiera echarlos a pique y adueñarse, siquiera temporalmente, de las islas, para hacer de ellas una base de que tanto necesitaba. La muerte de von Spee impide sentar concretamente ninguna afirmación, pero si el propósito del almirante sólo consistiera en alejarse de las costas americanas y ganar el centro del Atlántico, no es probable que se acercara tanto a la isla oriental de las Malvinas, poniéndose a menos de once kilómetros de la playa. Como quie-

ra, 30 millas antes que los barcos alemanes llegaran a las aguas del archipiélago, la escuadra británica recibió aviso de la aproximación de aquella, y a toda prisa se concluyó de carbonear y de efectuar los preparativos de combate. Se encontraban los barcos ingleses en el puerto William y en la bahía Stanley, siendo el *Canopus* el que anclaba en el fondeadero más oriental; gracias a esta circunstancia, cuando a las nueve de la mañana la escuadra alemana pareció modificar el rumbo para entrar en la bahía, el *Canopus*, sin abandonar su posición, rompió el fuego por encima de la lengua de tierra que le separaba del mar libre, siendo sus disparos los primeros que resonaron. Al punto el almirante von Spee ordenó poner la proa al E. y marchar a toda máquina. Media hora después salía la escuadra británica y emprendía la persecución; las órdenes del almirante Sturdee disponían que el *Glasgow*, el *Kern*, y el *Cornwall* destruyeran a los cruceros protegidos enemigos, el *Bristol* y el *Macedonia* echaran a pique a los dos trasportes, y que los demás cruceros acorazados dieran caza al *Scharnhorst* y el *Gneisenau*.

La flota alemana desfilaba en línea de fila, yendo en cabeza el *Scharnhorst* (insignia), y a continuación el *Dresden*, el *Gneisenau*, el *Nurnberg*, el *Leipzig* y los trasportes. En la misma formación, la británica guardaba el siguiente orden, en una línea paralela a la enemiga y a unos veinte kilómetros al N.: *Invincible*, *Inflexible*, *Carnarvon*, *Kent*, *Cornwall*, *Bristol*, *Macedonia*, *Canopus*.

La velocidad de las dos líneas fué aumentando hasta alcanzar la de 23 millas, máxima que podía desplegar la escuadra alemana. A partir de las once y media, los cruceros acorazados británicos la elevaron a 27 millas, cortando la línea de marcha del enemigo y obligándole a aceptar el combate. El primer disparo se hizo poco antes de la una de la tarde, a la distancia de 15,000 metros. A los pocos minutos se destacaron de la línea los cruceros protegidos alemanes, con rumbo al S., y detrás de ellos los británicos designados de antemano. El *Scharnhorst* y el *Gneisenau* también variaron el rumbo al SE., pero los adversarios fueron acortando la separación, hasta reducirla a 10,000 metros, poco antes de las cuatro de la tarde.

El *Invincible* y el *Carnarvon* atacaron al *Scharnhorst*, y el *Inflexible* al *Gneisenau*; el *Canopus* no pudo tomar parte activa en el combate, a causa de su escaso andar.

Batido por la artillería de los dos barcos enemigos, muy superior a la suya propia, el *Scharnhorst* se condujo heroicamente, y sin arriar la bandera y con toda la dotación en sus puestos de combate, se fué a pique a las cuatro y dieciséis minutos de la tarde. Con la misma entereza corrió igual suerte el *Gneisenau*, batido desde aquella hora por el *Invincible*, el *Inflexible* y el *Carnarvon*; se hundió a las seis de la tarde.

A las siete y veintiséis el *Nurnberg* fué echado a pique por el *Kent*; a las nueve y cuarto de la noche, se hundió el *Leipzig*, cañoneado por el *Cornwall* y el *Glasgow*. El *Dresden* pudo escapar. En cuanto a los dos trasportes, habían huido hacia el O. y fueron perseguidos por el *Bristol* y el *Macedonia*.

La gran diferencia de fuerzas entre las dos escuadras y las deficientes condiciones marineras en que

se encontraba la alemana, a consecuencia de la larga navegación de cuatro meses que llevaba, explican sobradamente el resultado de la batalla. Si algo hay de sorprendente en ella, es que las unidades alemanas tardaran tanto tiempo en irse a pique; sin duda lo certero de su tiro obligó a los barcos enemigos a no disminuir su gran velocidad, con menoscabo de la precisión de su fuego (1).

He aquí ahora las características de los principales barcos:

Invincible (1907): 17,250 toneladas, 27 millas, ocho cañones de 30,5, 16 de 10, tres tubos de lanzar. *Inflexible*, igual al anterior. *Carnarvon* (1904), 10,850 toneladas, 24 millas, cuatro cañones de 19, seis de 15, veintidós de 4,7 y dos tubos submarinos. *Kent* (1900), 9,800 toneladas, 24 millas, cuatro cañones de 15 en torres, diez de 15, diez de 7,6, dos tubos submarinos. *Cornwall*, igual al anterior. *Canopus* (1899) acorazado de primera línea, 13,850 toneladas, 18 millas, cuatro cañones de 30,5, doce de 15, diez de 7,6, tres de 4,7 y cuatro tubos submarinos.

Los tres cruceros acorazados que resolvieron la batalla, tenían en resumen dieciséis cañones de 30,5 y cuatro de 19. Se recordará — puesto que se hizo constar al describir la batalla naval de la isla Coronel — que entre el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* reunían dieciséis cañones de 21 centímetros. El *Leipzig*, el *Dresden* y el *Nurnberg* tenían respectivamente 3,250, 3,800 y 3,450 toneladas, y su armamento consistía en diez cañones de 10,5 centímetros, varios más pequeños y dos tubos sumergidos. Eran simplemente cruceros de estación.

II. — Importancia de los ferrocarriles en las operaciones militares

Para aplicar oportuna y eficazmente el principio fundamental de la estrategia y de la táctica modernas: reunión de una masa superior de fuerzas en el punto decisivo, es absolutamente indispensable disponer de buenas comunicaciones en número suficiente para permitir las concentraciones de tropas. Los ferrocarriles, auxiliados por los automóviles, son las únicas comunicaciones que permiten dar plena realización a aquel principio, tanto por la rapidez de su marcha, como por no fatigar a la tropa y por prestarse al transporte de todo el abundante y pesado material que han de llevar consigo los cuerpos.

Francia y Alemania habían construido hace ya muchos años una red de ferrocarriles con fines esencialmente militares, puesto que si bien los aprovechaba con ventaja el comercio y el tráfico de pasajeros, su trazado y las condiciones de construcción y explotación se enderezaban a facilitar la concentración en las fronteras, en el más breve plazo posible, de todas las fuerzas militares de las dos naciones. Recientemente, Alemania había completado aquella red con otras varias líneas que se dirigían a la frontera belga, enlazándolas por otras trasversales y

uniéndolas con las que procedían del interior del país. De esta suerte, le fué fácil poner un numeroso ejército, en tres o cuatro días, en la frontera de Bélgica y ejecutar la invasión inesperada que tanto sorprendió a los mismos franceses. Estos habían descuidado este peligro, y su red de ferrocarriles del N. no era tan completa como la del NE., por lo que no les fué posible oponer fuerzas bastantes en ocasión oportuna para que fracasara el intento de su adversario.

Mientras los alemanes efectuaban su amplio despliegue estratégico por el N., los franceses, que tenían proyectado el ataque por Lorena, entre Verdun y Toul, enviaban dos ejércitos a la región al S. de Metz y tomaban la ofensiva; no disponiendo de tropas en número proporcionado a las del ofensor, los alemanes comenzaron por contenerlas mediante un lento retroceso y una defensiva obstinada, pero así que no cupo duda acerca de la violencia del golpe que iba a asestar el enemigo, sus excelentes redes ferroviarias les sirvieron para reunir en el lugar amenazado una masa de tropas casi tan fuerte como la de los franceses, y tomar a su vez la ofensiva, derrotando al invasor en aquel conjunto de batallas reñidas desde el 21 al 25 de agosto, que se llamaron de Lorena.

También fueron los ferrocarriles los que facilitaron el envío de refuerzos para contener a los franceses en el S. de la Alsacia y expulsarlos hacia Belfort. Claro es que, tanto en éste como en los demás casos, no hubieran bastado los ferrocarriles si el alto mando no diera muestras de clara inteligencia y gran previsión al elegir los puntos de concentración de las reservas de modo que se encontraran en situación de acudir por el camino más corto a donde su presencia fuera necesaria.

Los belgas no estaban preparados para hacer frente a una invasión alemana; al irse retirando bajo la presión del adversario, cedieron paulatinamente el terreno sin destruir a fondo las vías férreas, de suerte que la primera etapa del avance alemán en Bélgica se ejecutó sin graves contratiempos. Pero cuando los franceses comenzaron a entrar en Bélgica y llegaron los cuerpos expedicionarios británicos, la dirección de la guerra pasó a los aliados, y desde mediados de agosto no retrocedieron éstos un sólo paso sin antes destruir las líneas ferroviarias, volando los viaductos, pegando fuego a almacenes, talleres y estaciones. Esta labor fué una de las principales causas que favorecieron la retirada de los ejércitos aliados después de las derrotas del 21 al 28 de agosto en la frontera del N., y acaso el único motivo que impidió a los alemanes proseguir la persecución con el vigor con que la habían comenzado: las tropas podían desplegar la misma velocidad de marcha que los ejércitos aliados en retirada, pero los parques se iban quedando más lejos cada día, los abastecimientos en municiones de boca y guerra se dificultaban por momentos, y al cabo se impuso un alto en el avance. Combinada esta parada con el envío de tropas a la frontera de Rusia, se originó la situación preliminar de la batalla del Marne; libre de la persecución, el general Joffre puso orden en sus unidades, intercaló entre las tropas batidas otras de refresco, y al cabo se encontró en condiciones de

(1) En el cuaderno próximo repartiremos un gráfico de esta batalla, en el que aparecen los movimientos de las dos flotas, y los puntos en que se fueron a pique los barcos alemanes. (Nota de los E.)

tomar la ofensiva, contra lo que los espíritus más optimistas imaginaban.

La actividad alemana desde el mes de septiembre acá, se ha manifestado, con más intensidad aún que en el frente de batalla, en el terreno conquistado: se han reparado todas las vías férreas de Bélgica, se han construido ramales nuevos, se han tendido líneas auxiliares para salvar los obstáculos cruzados antes por túneles, enteramente destruidos por los aliados en su retirada, y hoy se extiende una vasta organización ferroviaria a lo largo del frente de combate, un poco a retaguardia, y entre este frente y los grandes centros belgas y alemanes. Estos preparativos y la buena colocación de las reservas han sido los grandes factores de que se han valido los alemanes para contener los ataques de los aliados, porque si las trincheras y defensas accesorias y la artillería pesada facilitaban la resistencia y hacían lentos los avances enemigos, las vías férreas les servían para trasladar tropas de un punto a otro y acumular masas importantes en los puntos atacados; la contraofensiva de estas masas, cuando ya el atacante comenzaba a estar agotado por sus esfuerzos anteriores, dió lugar a las ventajas ganadas por los alemanes en Givenchy, Soissons, el bosque de Argonne y el sector de Ipres.

Medidas análogas a las tomadas por los alemanes han llevado a cabo los franceses, de modo que si los primeros toman más o menos pronto una ofensiva resuelta, los segundos estarán en buenas condiciones para ejecutar los mismos contragolpes que hasta ahora han dado los alemanes. De suponer es que las reservas de los aliados ocuparán posiciones tan bien elegidas como las que tienen las alemanas.

El obstáculo mayor con que luchan los rusos en sus repetidas tentativas de invasión contra Austria y Alemania, es la deficiente red de sus líneas férreas. Con tropas escasas, verdaderamente insignificantes, pero mantenidas en constante movimiento, pudo el general Hindenburg ir conteniendo la amenaza rusa contra la Prusia oriental, y cuando finalmente consiguió que los generales moscovitas incurrieran en el error gravísimo de avanzar sin cubrir ni proteger las alas, situó sus columnas de aquel modo admirable que dió lugar al desastre de Tannenberg. Más tarde, la ofensiva rusa contra Silesia fracasó en gran parte por la misma causa: los moscovitas, encontrando la Polonia sin vías férreas, destruidas por los alemanes, se cuidaron más de avanzar que de asegurar su enlace con los servicios de retaguardia y las bases, y por consiguiente cuando fueron derrotados por los alemanes su retirada se hizo en malísimas condiciones, y dejaron en manos del vencedor un número enorme de prisioneros y material de guerra. El mariscal Hindenburg, más previsor, atendió a esta necesidad de las comunicaciones desde el primer momento, y puede decirse que cada paso que dió en Polonia con dirección al E. fué seguido por la reparación o la construcción de varias vías férreas. Fracasada la ofensiva rusa y desvanecido el peligro que amenazaba seriamente a Prusia y Silesia, los rusos, para iniciar una nueva ofensiva en otro punto tropiezan con la dificultad de siempre: no disponen de comunicaciones de capacidad bastante para sus masas; y en tanto se concentran y despliegan premiosamente, Hindenburg, teniendo a la mano una

red espléndida de ferrocarriles, está tranquilo, porque sabe que conseguirá reunir sus fuerzas antes de que el enemigo haya logrado ningún éxito de consideración.

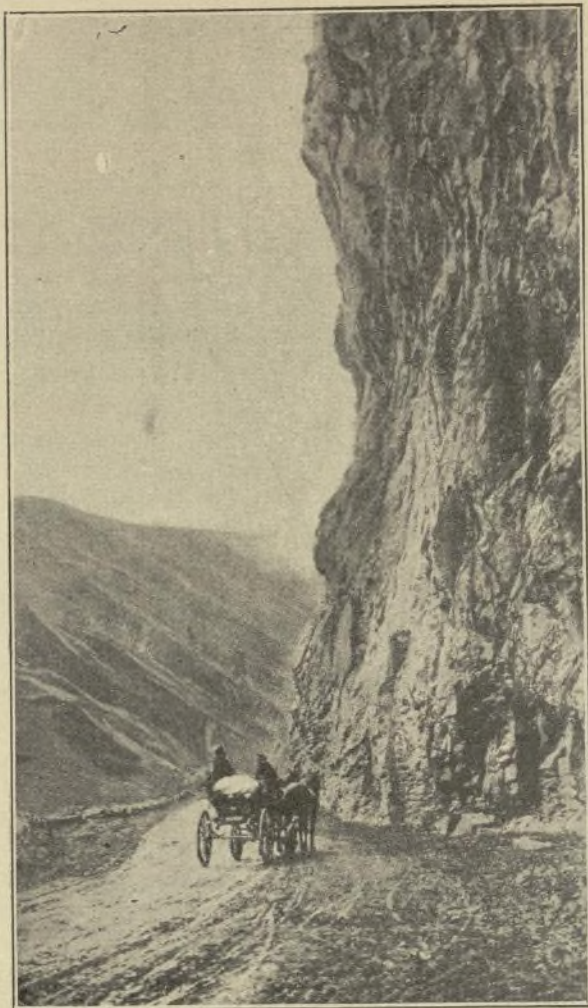
Siempre por la misma causa, se han librado los austriacos de la derrota decisiva que pareció cernerse sobre ellos en los meses de septiembre y octubre: el coloso ruso tenía que marchar con sus piernas, mientras sus enemigos, siendo menos, muchos menos, se trasladaban rápidamente de un punto a otro y hacían frente en todas partes. En cambio, los mismos austriacos fracasaron en Serbia, país sin vías férreas, ante un enemigo más débil; y es que en Serbia fueron ellos los que se encontraron en el caso de los rusos.

En un día de guerra se gasta mucho más que lo que puede economizarse en un año de paz. No pocas de las vías férreas de Alemania y Francia fueron objeto de severas censuras porque no satisfacían ninguna necesidad comercial, y parecía derrochado sin ventaja el dinero invertido en su construcción y explotación; hoy no cabe ya duda sobre la sabiduría de los gobernantes de ambos países; gracias a sus ferrocarriles los alemanes están sosteniendo la guerra en país enemigo, y se ven libres de los horrores y quebrantos de una invasión; y gracias a su magnífica red ferroviaria, pudieron los franceses poner un dique a la ola alemana que parecía había de llegar hasta las provincias del S.

De aquí que en estas materias que guardan tan estrecha relación con la defensa nacional la previsión y la economía no consiste en atender a las necesidades y conveniencias de hoy, sino pensar en el día de mañana, en el de la prueba. La nación que se descuide, pagará cara su torpeza, y sufrirá mayor quebranto económico — prescindiendo de otros aspectos todavía más interesantes — que si en la paz hubiera atendido con largueza a la defensa nacional; y las vías férreas son uno de los elementos principales de la seguridad o de la indefensión del país.

III. — El bloqueo marítimo de Inglaterra

Según noticias, que los hechos van confirmando, los ingleses no exponen ya sus unidades navales aisladas en alta mar, sino que las agrupan formando poderosas flotas de combate en el mar del Norte, dedicando los barcos de tipos más anticuados, aunque todavía de gran valor militar, a la vigilancia del canal y de las costas occidentales. Los acorazados siguen en las bases; los destroyers, torpederos y submarinos cruzan a grandes distancias. Esta táctica, bastante diferente de la que siguieron los ingleses hasta comienzos de diciembre, ha tenido por inmediato resultado dificultar extraordinariamente los ataques de los submarinos alemanes, toda vez que las flotillas de barcos ligeros sirven de eficaz protección a las divisiones de unidades grandes. Al mismo tiempo las medidas de severidad adoptadas por el Almirantazgo británico contra los barcos mercantes de origen sospechoso, que antes navegaban libremente en aguas inglesas, y el obligado rumbo que imponen a todas las naves que salen o se dirigen a los puertos de la Gran Bretaña, han descartado en gran parte los peligros de los torpedos fondeados: muchos de ellos han sido dragados, y va siendo más



El desfiladero de Aragvatal, el mejor paso entre Rusia y Turquía, en el Cáucaso

difícil cada día la colocación de otros nuevos.

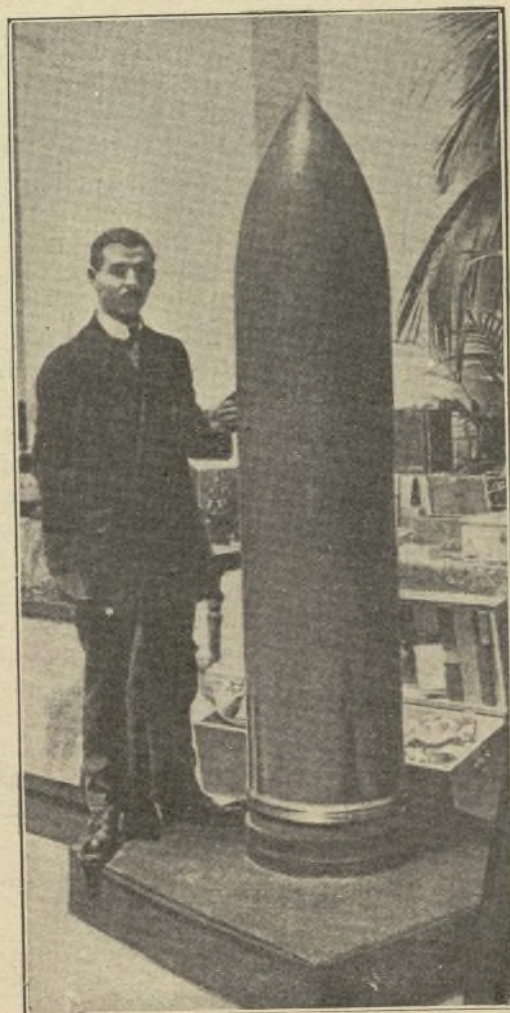
En resumen, la táctica que observan los ingleses se reduce a poner en práctica estos dos principios: no exponer sus fuerzas navales a los ataques de un enemigo más fuerte ocasionalmente, y evitar que lleguen a las aguas jurisdiccionales o a su inmediación los barcos mercantes, cualquiera que sea su nacionalidad, fuera de las rutas marítimas vigiladas por los barcos de guerra.

En presencia de este estado de cosas, el Almirantazgo alemán ha comenzado a plantear el ataque sistemático al comercio marítimo inglés, cumpliéndose así el anuncio del almirante von Tirpitz. Inglaterra no puede subsistir ni sostener su industria y fabricación con los recursos propios; desde este punto de vista se encuentra en peor situación que cualquier otro de los países del continente; necesita importar muchas mercancías y muchos alimentos de primera necesidad. Luego, si se interrumpe el tráfico marítimo de Inglaterra, este imperio sucumbirá y tendrá que inclinarse a la paz. Es la forma contraria al bloqueo continental imaginado por Napoleón: en lugar de cerrar todos los puertos de Europa al comercio inglés, los alemanes pretenden ahora impedir que lleguen a Inglaterra los barcos mercantes que hacia allá se dirigen.

Para conseguirlo, además de los torpedos fondeados, cuya eficacia va debilitándose a consecuencia de las contramedidas de los ingleses, los alema-

nes se están valiendo, hasta ahora con excelente resultado, de sus submarinos y torpederos. Los primeros, en particular, han llegado a las costas occidentales de la Gran Bretaña e Irlanda, efectuando una navegación que apenas hace dos meses se consideraba imposible. Se reconoce ya que Alemania posee más de una docena de submarinos con un radio de acción bastante grande para llegar a aquellos parajes; pero se añade, con razón, que tanta o más importancia que el submarino en sí la tiene el capitán y la dotación, y que hasta ahora sólo dos o tres submarinos alemanes, en primer término el 9 y el 21, se han mostrado a la altura de su difícilísima misión. Pero el ataque a los barcos mercantes envuelve menos peligros que la aproximación a un barco de guerra, y es por lo tanto más probable que no tarden en aparecer otros marinos con ánimo y habilidad suficiente para emular las hazañas de aquellos dos.

Prescindiendo de los efectos que esos ataques a los barcos mercantes han tenido sobre el comercio británico y de su repercusión en la crisis de la alimentación, lo más interesante desde el punto de vista exclusivamente naval es que los nuevos métodos de los alemanes aumentan la importancia y la utilidad de los submarinos de gran tonelaje, de alta mar; no conviene ya, como se creía hace pocos años, ligar los submarinos estrechamente a las bases navales o a las escuadras, sino construir unidades de esta clase capaces de una plena autonomía y de alejarse a inmensas distancias; cuanto menos esperada sea la



Una granada Krupp, de 42 centímetros

presencia de un submarino, tanto más probable es que tenga éxito su ataque. Se va confirmando y robusteciendo la opinión de que los submarinos, bien manejados, son un arma inapreciable para las naciones cuyo poder naval sea inferior al de sus rivales.

Inglaterra no se cruzará de brazos ante este nuevo peligro, y responderá a él del modo que crea más adecuado; la lucha que entre los submarinos alemanes y los barcos ingleses va a entablarse, aunque probablemente costará pocas vidas y no dará lugar a épicos combates, abundará en provechosas enseñanzas para naciones como la nuestra.

IV.—La situación el 8 de febrero

Es tal la convicción que generalmente se tiene en la eficacia del llamado *rodillo* ruso, que apenas se supo hace algunas semanas que los moscovitas tenían tropas entre Lipno y Mlava se creyó que era inminente la invasión de Prusia occidental y el ataque a Thorn. Ahora, los pequeños combates que han ocurrido en las fronteras de la Prusia oriental, han dado lugar a que se repitan los mismos presagios que en agosto: el sitio y probablemente la toma de Koenigsberg. Estamos muy lejos de uno y otro hecho. Obran bien los rusos en molestar al enemigo que tienen delante y obtener las ventajas que un pequeño éxito les depare, pero por ahora no pretenden operar en grande escala en ninguno de los dos sectores mencionados, porque han dejado transcurrir demasiado tiempo para encontrar desprevenidos a sus adversarios. A esas tentativas de los moscovitas, han contestado los alemanes reanudando los ataques al O. de Varsovia y derrotando una vez más a los rusos, haciéndoles unos seis mil prisioneros y cogiéndoles artillería y ametralladoras. Pero están todavía lejos de la plaza—a unos 40 kilómetros,—y no parece inminente que los fuertes sean seriamente expugnados. Es probable que esta nueva ofensiva tienda a llamar la atención de su adversario para obligarle a no sacar más fuerzas de aquella región.

En Galizia, Bukovina y los Cárpatos la situación es muy confusa. Rusos y austriacos pregonan triunfos y citan miles de prisioneros y muchos cañones como botín de guerra, y como no es posible que en los mismos puntos los dos adversarios obtengan la victoria, hay que aguardar que el tiempo nos dé a conocer la verdad. Hace muchos días que no se dice nada de Przemyśl, plaza fuerte que ha borrado el descrédito que sobre la fortificación permanente había extendido la débil resistencia de las fortalezas de Bélgica y del N. de Francia; lleva Przemyśl cerca de tres meses de sitio, lo cual hace creer que su situación es crítica y aconseja un esfuerzo de los austriacos para libertarla.

En el teatro occidental la situación no ha cam-

biado. Las operaciones de los últimos días han sido en conjunto favorables a los alemanes, pero en tan pequeña escala, que el frente de batalla de los beligerantes no ha cambiado. Se cree que ha comenzado el desembarco de algunos cuerpos británicos en el litoral de Francia.

Tan obscura como en Galizia es la situación en el Cáucaso; los dos adversarios se atribuyen la victoria. Desde luego, los turcos no la han clavado a sus banderas, porque si bien se encuentran todavía en territorio enemigo, en el sector de Olty, en compensación los rusos han cruzado la frontera cerca de Kara-Urgán. Por ahora no hay que esperar combates decisivos; han de transcurrir aún muchas semanas antes de que aquellas altiplanicies y elevadas cordilleras queden libres de las nieves y hielos que las cubren.

Los rusos han vuelto a entrar en Tabriz (Persia), después de su victorioso combate de Kufián, en donde hicieron retroceder a un cuerpo de tropas regulares turcas apoyadas por contingentes de voluntarios. Persia viene a desempeñar en el Oriente un papel análogo al que ha tenido Bélgica en el O., y como ésta pagará las costas de la guerra.

Las vanguardias turcas se han puesto en contacto con las tropas británicas que guardan el canal de Suez, trabando con ellas algunas escaramuzas; el golpe, si realmente se trataba de llegar al canal, ha fracasado, porque los ingleses contuvieron fácilmente al invasor; pero no le persiguieron, convencidos de que así que se internaran en el desierto, todas las ventajas pasarían a favor de los musulmanes. Lo probable es que el avance turco no haya tenido otro objeto que reconocer las posiciones de sus enemigos y animar a los árabes y musulmanes que, descontentos de la ocupación inglesa, no se atreven a alzar-se en armas. El grueso del ejército destinado al ataque de la línea del canal se encuentra todavía muy lejos, en la frontera, ultimando los preparativos, necesariamente lentos y complicados. Los ingleses han destruído los pozos de aguada de los caminos que cruzan el desierto hasta una distancia de 70 kilómetros del canal. Cada día que transcurre va siendo más difícil el ataque que proyectan los turcos.

Los ataques de los submarinos alemanes a los barcos mercantes británicos en el mar de Irlanda y en el estrecho de Dover, y el anuncio del bloqueo de la Gran Bretaña valiéndose de «todos los medios que se consideren adecuados», han sido los hechos más salientes de los últimos días y los que han despertado la expectación pública.

JUAN AVILÉS

Coronel de Ingenieros

8 de febrero de 1915.